



**UNIVERSIDAD DE CHILE**  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Escuela de Periodismo

---

**Objetivo Mekong**  
Crónicas y retratos del Sudeste Asiático  
**Memoria para optar al Título de Periodista**

---

Soledad Delgado Vargas  
Daniel Espinoza Pavez  
Profesor Guía: JUAN PABLO CÁRDENAS  
**Santiago, Chile**  
**2011**

# Prólogo

## Escribir para retratar (y recordar)

*“Dejarse envolver por lo incomprensible, perderse en la absoluta miopía: el placer de intuir que así es uno, a su vez, para los otros”*  
Martín Caparrós.

Los relatos, cualquiera sean e independiente de su proximidad, invaden progresivamente la imaginación y se escurren por la experiencia generando una visión propia. Quizás por eso exista una cierta comodidad, muy propia de nuestros días, que descansa sobre la certeza de que todo rincón de nuestro planeta ha sido alguna vez narrado. Sin embargo, algunos dudan de la descripción dominante. Un discurso que nace en Occidente, cargado de prejuicios, y que llena la cultura popular desde películas hasta canciones basándose principalmente en las diferencias más evidentes, usando la alteridad como motor.

En este sentido, gran parte de nuestro imaginario colectivo ante Asia pareciera concentrarse en sus tres grandes naciones: India, China y Japón, con sus respectivos estereotipos. Pero, al igual que otros espacios de ese continente, el Sudeste Asiático se presenta distante y ajeno a la percepción latinoamericana. Sin duda, la posibilidad de informarse y hasta viajar a un destino como ése es hoy más accesible de lo que antiguamente fue. Pero descontando a quienes han tenido la oportunidad de llegar hasta ese otro rincón del mundo, muy pocos pueden imaginar las ruinas de Angkor Wat en Camboya, con la misma facilidad que las de Machu Picchu.

Aterrizar en Tailandia y descubrir nuestra completa ignorancia frente a prácticas culturales tan ajenas, y a su vez, encontrar profundas similitudes con nuestra realidad de región “en vías de desarrollo”, gatilló la idea de escribir sobre ello para poder compartirlo.

El viaje había comenzado unos meses antes, cuando en octubre de 2008 postulamos a la Working Holidays Visa de Nueva Zelanda, país con el que Chile mantiene este tipo de convenios. Esa visa permitió llegar a Oceanía a fines de diciembre, con el plan de trabajar y conocer el país de los kiwis durante tres meses, para volver a Chile en marzo y retomar las actividades cotidianas.

El verano se pasó podando parras, abrigando viñedos, cosechando, y empacando manzanas. Fueron jornadas de 9 a 12 horas diarias, que comenzaban a eso de las seis de la mañana, de lunes a sábado.

A poco andar, los tres meses se convirtieron en un año. Al vivir la experiencia “primer mundo” decidimos que esa visa podía y debía ser mejor aprovechada. Fue así como, sin mucha planificación, buscamos los tickets aéreos más bajos –sólo de ida- y partimos a Asia en 4 vuelos distintos. Auckland-Sydney, Sydney-Perth, Perth-Kuala Lumpur, y Kuala Lumpur-Pukhet. El 1 de abril de 2009 aterrizábamos en el sur de Tailandia, acumulando más de una anécdota que nos confirmaba que este viaje no pasaría desapercibido.

Un examen positivo para explosivos en un aeropuerto australiano; asientos de primera clase por equivocación y seis intentos fallidos para aterrizar en medio de una tormenta tropical fueron los anticipos de lo que sería al fin un viaje, y no una vacación.

Por primera vez cruzábamos la Línea del Ecuador y lo hacíamos sobre los meridianos más impensados. Todavía sin salir del aeropuerto, un rompecabezas de sensaciones hacía pensar que en vez de otro país, nos encontrábamos en otro planeta. Ácidos y profundos olores que se impregnan hasta el fondo del cerebro, provenientes de aceites de pescados y cueros de animales irreconocibles que lo condimentan todo, desde el desayuno hasta la cena. Dialectos que jamás se han escuchado se transforman en el barullo permanente que se acopla a un resignado estado de no entender. Pero por sobretodo, cada gesto, cada palabra y cada mano infantil apuntando hacia nosotros, evidenciaba el más básico pero irrevocable axioma: acá, el bicho raro éramos nosotros.

A partir de nuestra perspectiva, condicionada por tantos supuestos chilenos, latinos y occidentales, los escritos a continuación buscan retratar fragmentos de la cosmovisión de los cuatro países que conocimos del subcontinente, para volcarla en la dimensión natural y cotidiana de su propia gente. A partir de esta composición de cuentos de no ficción, que unen investigación, registro fotográfico y experiencias personales, esperamos ofrecer un nuevo prisma hacia la vorágine del Sudeste Asiático.

Aquí presentamos las crónicas de nuestro viaje. Una recolección de las vivencias y experiencias que recogimos durante dos meses a través de Tailandia, Laos, Vietnam y Camboya.

## Índice

MOSAICOS Y LUCIÉRNAGAS -----	6
DORADA ENSOÑACIÓN -----	9
TODAS LAS MOTOS CONDUCEN A SAIGÓN -----	12
CELEBRIDADES EN KRABI -----	15
SONGKRAN NUEVO, VIDA NUEVA -----	16
NACIÓN BOMBA -----	19
KATOEY -----	22
POR EL TURISMO O LA FUERZA -----	24
SALIR DE LAOS -----	28
REUNIFICATION EXPRESS -----	31
MANSIÓN HILTON -----	33
DI CAPRIO SIN ESTRELLAS -----	36
EL VAIVÉN DE LA PLUMA -----	38
<i>RESPECT THE LAO</i> -----	41
EL REINO DE LANG XANG -----	43
LA BAHÍA DE HA LONG -----	46
USTED NO LO HAGA -----	49
CHIANG RAI UNITED -----	51
MANITOS DE FLOR -----	54
SIEM REAP DE INCÓGNITO -----	55
CAMPOS DE MUERTE -----	57
EL NUEVO RÉGIMEN -----	61
SIDDHARTHA Y EL METAL PÚRPURA -----	64
SI VAS A SAN FRANCISCO -----	67
EL SURCO DEL MAE NAM KHONG -----	68

## Mosaicos y Luciérnagas

En las afueras de Phnom Penh trajina el antiguo Mercado Ruso, que le teme a las tormentas más que a cualquier otra cosa. En la desconocida y compleja sucesión de galpones que lo componen, la lluvia provoca más daños que el fuego, ante la desvergonzada precariedad del sistema eléctrico. Así, cuando machaca el monzón durante temporadas completas, el mosaico de pasillos que recorren el edificio se sumerge en una impenetrable oscuridad, y la única referencia son los locales que de alguna manera se las ingenian como luciérnagas a pila para atraer clientes.

A kilómetros de ahí, en el ombligo de otra capital se desparrama el asfalto de Khao Sanh Road, antiguo mercado de arroz, hoy portal para el consumo de todo placer que la imaginación aguante. Incrustado en el casco antiguo de Bangkok, la calle emana un intoxicante aroma proveniente de carritos blancos, que en lugar sopaipillas o completos, mantienen la noche en pie a punta de cucuruchos rebosantes de saltamontes fritos.

Braceando hasta el pacífico, las costas de Da Nang ya no son el escenario en que “Charlie” resistía la invasión de “Sam”. Pero por sus calles todavía se extienden regueros de sangre, que vistos más de cerca se transforman en un extenso ejército de rojo ají, secándose al sol como peligrosas armas de fuego.

En el puerto de esa misma playa, los comerciantes compiten encantando a los visitantes con artísticas presentaciones de sus productos. Cual rito medieval que condena a los paganos, los pequeños reptiles *gekkos* son crucificados y colgados boca abajo, adornando las fachadas de los puestos. Entre calamares del tamaño de una raqueta de tenis, los peces globo no pueden venderse si no están inflados como corresponde, y los caballitos de mar son atados meticulosamente desde sus cuellos, como si transportaran una imaginaria carreta submarina.

De vuelta en Tailandia, el dominical bazar nocturno rasga de lado a lado el antiguo fuerte de guerra y actual ciudad de Chiang Mai. A lo largo de sus kilómetros de seda,

una niña percute las cuerdas de su *santur*, mientras cuatro ciegos se sientan uno tras otro, y como remando una canoa tocan sus instrumentos cantando sobre un mar de personas, que los rodean donde sea que atraquen.

Y remando Mekong abajo se llega a Luang Prabang, donde se necesita tener los ojos bien abiertos para probar los brebajes que como un trofeo de caza se ofrecen en sus calles. En medio de la jungla, la afrancesada ciudad de Laos exhibe entre otros engendros de su ferial un atractivo whiskey, que al interior de sus botellas conserva en perfecto estado cobras y alacranes gigantes. Una variante al tradicional licor de sangre de serpiente, que recorre toda la región a través de sus mercados, andamiaje espiritual y cultural del sudeste asiático.



## **Dorada Ensoñación**

El “Templo de la Colina”, o Wat Phra That Doi Pu Khao, permite lo que pocos miradores en el mundo. La panorámica alcanza a identificar, en un vistazo, los últimos límites del norte de Tailandia cortados por el amplio río Mekong. A la izquierda del serpenteante torrente, se puede ver cómo comienzan los lindes de la República Democrática Popular de Laos. Y coronando este triángulo, se esparcen las llanuras birmanas hacia el noroeste. Al fondo, detrás de las montañas, a no más de 200 kilómetros es posible incluso presenciar territorio chino. Este vértice es el que se conoce como “Triángulo de Oro”, hogar de la brillante ruta del opio en oriente.

La colina está situada en Ban Sop Ruak, un poblado cercano a Chiang Saen, el puerto tailandés más nortino del Mekong. Estos terrenos, de los más septentrionales del Reino, son un verdadero descanso al ajetreo de la capital. Aquí, se da tiempo y espacio para fundirse en el calor, que ya no es el mismo tropical de más al sur.

A los pies del mirador, el que domina no puede ser otro. Un gigante Buda, en posición de loto, vigila con sus ojos al sur. Como único pasajero de un barco encallado que protege una tierra cuya historia se ha escrito con tintas de amapolas.

Hoy, el consumo y tráfico de opio es penado por ley. Desde altas fianzas (que para los turistas se encarecen por conceptos de corrupción) hasta cárcel de por vida, e incluso la muerte, dependiendo de cada gobierno. El rigor draconiano, sin embargo, no ha sido impedimento para que este sector del planeta sea uno de los productores ilegales más importantes del opio y sus derivados. Y es que sea como sea, el cultivo de las plantas de amapolas es por mucho, más rentable que el de arroz. Cultivar esta flor no es un delito de por sí. Pero es la producción potencial de los derivados del opio, como la heroína, lo que preocupa a las autoridades.

El cultivo en la zona es milenario. Pero no fue sino hasta la ocupación francesa a fines del siglo XIX, y luego de la guerra declarada por Estados Unidos en contra de

Vietnam, que los servicios secretos de ambos países importaron las reglas del narcotráfico a escala mundial. Los inocentes cultivos de *poppy seeds* pasaron a ser custodiados por la CIA, que entregó la seguridad necesaria para el negocio del narcotráfico, y así poder realizar operaciones secretas en Indochina.

Todo proceso de narcotráfico arrastra consigo infames repercusiones. Actualmente, el Triángulo de Oro padece de varias sentencias. Comercio de personas, presumiblemente niños, violencia extrema, y pérdida de zonas agrícolas son sólo algunas de las consecuencias de haber industrializado un consumo ritual y milenario.

El proceso sigue así: extensas plantaciones de adormidera, flor muy similar a la amapola, se sitúan en las laderas montañosas. Cuando la flor ha botado sus pétalos, se procede a rasgar las cabezas calvas con rudimentarias herramientas de hierro, madera afilada o hueso. Al poco tiempo, las dañadas flores empiezan a llorar, exudando un blanco y lechoso látex, que al secarse se convierte en oscuras piedras de opio.

Estas piedras contienen de manera natural morfina, codeína y tebaína. Todos alcaloides de alto poder medicinal. Los aldeanos de las montañas asiáticas suelen consumirlo en esta fase. Largas pipas artesanales habitan todas las chozas Akha, Lahu y Lisu. En ellas, estas antiguas civilizaciones asiáticas han traspasado de generación en generación el modo más común de consumo: fumándolo. La estructura longitudinal de estas herramientas permite que los vapores hirvientes se enfríen antes de ser consumidos. Recostados de lado, con la cabeza apoyada en cojines especiales para estos efectos, y con la mirada perdida en felices ensoñaciones, estas personas disfrutaban de un rito pretérito. Aquí no hay delito. Aquí no hay vicio. Incluso los niños, infantes de menos de 6 años, son sometidos a la sesión cuando tienen problemas para dormir.

Mucho se conoce de los efectos colaterales del uso del opio. Que es altamente adictivo, que ataca ferozmente el sistema nervioso central, luego el digestivo, y el respiratorio. Incluso en dosis muy altas, para quien no acostumbra consumirlo, puede

ser mortal. Pero los antiguos Akha, y demás, parecieran no ser los destinatarios de tanta mala publicidad. La familiaridad con el consumo desde temprana edad, hace que las secuelas negativas sean mejor asimiladas con el tiempo, aprovechando dilatadamente los efectos positivos. La población vetusta es cuantiosa. Y por lo general goza de buena salud.

## Todas las Motos Conducen a Saigón

Como los peces de un cardumen, que en todas las direcciones se desplazan con perfecta sincronía, más de cinco millones de motociclistas dominan a sol y sombra el caótico espacio urbano en la ciudad de Ho Chi Minh, la más populosa de Vietnam.

Por las calles de la antigua Saigón, las leyes del tránsito no presentan mayores diferencias a las de occidente, salvo que su aplicación real es simplemente trastocada en casi todas sus formas. En medio de la estampida sobre dos ruedas, cualquier señalética vial –sin importar cuánto brille, refleje o parpadee- es ignorada, dejando el tráfico sometido a los rápidos reflejos y a una buena intuición.

A olvidarse de la referencia de canales por dónde conducir. En una avenida de doble sentido, existe la noción de manejar por la derecha, pero con un caudal de ocho motos por lado, la zona fronteriza entre ambas direcciones se torna especialmente difusa. Cada esquina es un espectáculo, donde nadie se detiene por completo, y los accidentes rara vez ocurren, porque una moto deslizándose por el suelo sin conductor sí que es una imprudencia.

En medio de lujosos e imponentes edificios de grandes corporaciones internacionales, no sólo habitan estos bípedos seres motorizados. Si existiese un ránking de las peores ciudades para ser un peatón, esta califica para el podio. Y cómo todo transeúnte, tarde o temprano se debe afrontar el mayor desafío de todos: cruzar la calle.

En un principio parece imposible. Y en un principio lo es. No se necesita pedir ayuda, lo que no significa que atravesar la estampida motorizada sea seguro. Lo más probable es que ante la perplejidad del forastero, algún local se acerque a ofrecer el curso intensivo, que por motivos de presupuesto, sólo consiste en una rápida y desquiciada clase práctica.

En el inverso perfecto a la veterana que en occidente se prende del joven ante un paso de cebra, el versado vietnamita coge al novato de un brazo y sin titubear se sumerge en el incesante torrente. Empapado en horror, el inexperto mira a cualquier parte e intenta desandar dos pasos para luego apurar la marcha. Pero si quiere graduarse vivo, debe notar que el maestro no despega sus ojos en dirección contraria al flujo, mientras que sus piernas avanzan con una constancia imperturbable.

Finalmente, cuando la imagen de la otra orilla se hace cada vez menos intermitente, el tutor puede soltar al imberbe y dejarlo por su cuenta, en un gesto de irónica confianza. Con incredulidad, y a dos metros de la vereda, el iniciado siente que se mira desde arriba, como cruzando un río que bien podría azotarlo contra las rocas, pero que por un momento pareciera deslizarse en una sinfonía de pistones y bocinas a través de él. Ho Chi Minh City, capital mundial de las motos.



## Celebridades en Krabi

Hay sólo una calle en Ao Nang, una de las íntimas playas que desbordan la experiencia y la expectativa en Krabi, al sur de Tailandia. Mercados de diversa y difícil taxonomía se alinean uno tras otro a lo largo del exclusivo asfalto, discontinuados a ratos por la subversiva jungla. Atiborrado de mercancía, uno de los locales se especializa en badeks, khanjhares, dagas y sables, en un destello de diversos filos asiáticos.

Con la curiosidad que despierta la ignorancia, un extranjero se acerca inocentemente atraído y convencido de que reconoce en la mesa del fondo el cuchillo de Rambo. De pie junto a una antigua katana, y consciente de que no está frente a un comprador, el mercader pregunta con marcado acento oriental: “¿*Whel you from?*”

–“Chile”, contesta el tipo, anticipando el desconocimiento general de su geografía de origen.

– “¿*Chili?...* ¡*Aahhh!*, ¡*Chili!*” exclama con entusiasmo el tailandés, mientras clava una rodilla en el piso, apunta su índice hacia el caluroso cielo estrellado y estruja el corazón azul del viajero gritando: “¡*Chili, Malcelo Salas!*, ¡*Matado!*”.

## **Songkran Nuevo, Vida Nueva**

Abril es un buen mes para recorrer Asia, aún cuando hace calor, pues es el mes con las temperaturas más altas del año. La población turista desciende abruptamente y los valientes que se quedan aprovechan la baja temporada con un termómetro que bordea los 40 grados, y que cuando se porta bien, desciende a 37.

Abril, además, presenta un oasis particular. Es el mes del Songkran: el Año Nuevo Thai. El sol de piscis cambia a la casa de aries, dando paso a un nuevo año solar y a la época húmeda. Los thai se disponen a esperar el paso de los monzones y la siguiente plantación de arroz. Y lo hacen con agua.

Millones de metros cúbicos son arrojados a todo ser que se desplace. Todo un acto de purificación. No importa la formalidad del traje, ni la urgencia del viaje. Ni siquiera importa la autoridad policial. Si se sale a la calle en los días de Songkran, se asume que seco no se volverá.

En Chiang Mai, a 700 kilómetros al norte de Bangkok, la ceremonia se celebra con especial desenfreno. El centro de la ciudad está rodeado por un antiguo muro –de principios del 1300- y un foso de agua para su protección contra ataques birmanos. Ahora, que las amenazas ya no existen, el agua de este canal, alimentado por el río Ping, sirve como abastecedor oficial de la fiesta.

Los bandos se atrincheran. La unión hace la fuerza y el que ande sólo, se sabe perdedor. Se llenan los baldes, se acumulan los bloques de hielo. Apenas el primer ingenuo se atreva a cruzar, comienza la batalla de los 3 días.

Mejor es entregarse a la diversión. Durante horas las calles serán un reguero de agua fría, a veces limpia, a veces verde y maloliente. Música, bailes, desfiles, y oración. Todos los templos se abren al público y Buda es por lejos el blanco más apetecido. Los feligreses le lanzan agua con los ojos cerrados y murmurando sus deseos incomprensibles. Los pequeños monjes limpian las estatuas y las vuelven a bañar con

una especie de aceite amarillo y brillante que hace juego con sus naranjas sotanas. El sol no baja su implacable guardia, y todo el ambiente se vuelve un húmedo carnaval con olor al eterno incienso.

Los turistas con sus guías, mapas, y cámaras fotográficas son claramente el rival más débil. Los baldazos son sin contemplación. Tampoco sirve blindarse en un vehículo, porque a los que intentan cruzar en moto, tuk tuk o camioneta pareciera que la ira acuática los atacara más fuerte. A fin de cuentas, la mejor manera de partir el nuevo año será sucumbiendo a la purificación, dejándose lavar del cuerpo todo resto de mal.



## Nación Bomba

Existe un bar en Laos donde un lagarto desproporcionado flota inmortal al interior de una jarra aún mayor llena de alcohol. El local especializado en pizzas, crepes y baguettes se encuentra en Phonsavan, al interior profundo y selvático del país. Mesitas con altas sillas de caoba perpetúan el afrancesado pasado colonial y todo es muy acogedor, salvo por las dos bombas que como pilares decoran el pórtico de entrada.

Pero al asomarse por la calle principal, el anómalo decorado se transforma en una surreal constante, cuando miles de proyectiles son reciclados en forma de cercos, maceteros, colectores de agua, campanas de templos, palas, cuchillos y todas las escalofrantes variables que el ingenio aguante.

Toda esta materia prima cayó literalmente del cielo, entre 1964 y 1973. Con el pretexto de eliminar las bases norvietnamitas en Laos e interferir con La Ruta de Ho Chi Minh, Estados Unidos desató uno de los más impensados y brutales crímenes de guerra jamás conocidos, arrojando 260 millones de bombas racimo sobre todo el territorio.

Las posibilidades de la cifra estallan con tal demencia que trepan a lo inconcebible. Durante la administración de Nixon, más de 700 kilos de bombas se arrojaron por cada hombre, mujer y niño en Laos, superando el total de explosivos arrojados en toda la Segunda Guerra Mundial.

“Daño colateral” es quizás uno de los más siniestros eufemismos disponibles para retratar la masacre de civiles. El letal cargamento de los B-52 pulverizó poblados, ciudades y como un imposible queso gruyere agujereó montañas y valles. En este país, “la destrucción no intencional” continúa aniquilando vidas ante la masiva y silenciosa presencia de unexploded ordnance (uxo).

Del diluvio de proyectiles que por 9 años azotó el territorio, se calcula que el 30 por ciento no detonó al impactar los arrozales laosianos. Literalmente, el ejército

estadounidense sembró para siempre el terror con más de 80 millones de bombas, que esperan ocultas el día en que la pala de un campesino las libere de su entierro.

En un país donde el 80 por ciento de los habitantes se dedica exclusivamente a la agricultura de supervivencia, el escenario económico –y su proyección de crecimiento– es catastrófico, sobre todo cuando se considera que hasta la fecha sólo un pequeño porcentaje de los UXO ha sido detectado.

Bastardo el hijo como el padre. Desconociendo el macabro crimen, el gobierno norteamericano jamás ha mostrado iniciativa alguna por colaborar en la limpieza de territorios contaminados. En su lugar, miles de voluntarios de todo el mundo colaboran en el Lao National Unexploded Ordnance Programme, que a lo largo de las 17 provincias afectadas –la totalidad del país– trabajan en la desactivación y extracción de morteros, bombas, cohetes y granadas.

Mención aparte merecen las minas antipersonales, de las cuales se estima que menos del uno por ciento han sido removidas, y son las que tarde o temprano sorprenden agresivamente a uno que otro turista.

Contra toda recomendación, muchos viajeros atraviesan el país hasta Vietnam en bus, en una claustrofóbica y nauseabunda experiencia. Desprovistos de baños y aire acondicionado, estos vehículos se detienen en lugares estratégicos de la carretera para que los viajeros hagan sus necesidades. Pero ésta no es parada para pudorosos ni quienes busquen evacuar con privacidad. Cualquiera que se aleje unos pocos metros del grupo hacia la espesura podría perder un miembro o la visión, al encontrarse con la explosiva amenaza terrestre.

En Laos, muchas bombas llevan escrito el nombre de algún campesino, acechando desde el fondo de los años. Pero la historia y la ironía se tuercen cuando los poblados son reconstruidos con los mismos materiales que detonaron su destrucción.

Un hombre cruza la solitaria calle que divide Phonsovan. Renguea porque un explosivo le costó la pierna, pero entre gastar dinero en muletas prefirió recoger desde cualquier lugar una pequeña bomba y calzársela como prótesis desde la rodilla hasta el suelo. "Smile, you are in Laos", le susurra a un extranjero que parece no entender.

## Katoey

Hay diversidad de personas y personajes en el sudeste asiático. Visitantes de todas las latitudes, niños, jóvenes y adultos. Hay hombres, hay mujeres. Y también hay de los dos; de esos *ladyboys*.

A diferencia del travesti fornido que con fatuo esfuerzo pretende ocultar su manzana de adán, al *ladyboy* del sudeste el genotipo le juega a favor. Hombres y mujeres comparten cuerpos menudos de caderas no muy anchas, y similar estatura. Lo mismo pasa con los rasgos faciales: poco vello y facciones delicadas. Para el tercer género, al menos físicamente, las cosas son más simples por aquí.

Cotidianamente realizan funciones como cualquier otro ciudadano. El cajero del banco con coquetas y kilométricas pestañas. El obrero de la imprenta que cuida no dañar sus largas y esmaltadas uñas. Aunque no son reconocidos legalmente, ni pueden optar a un cambio de sexo en las tarjetas de identificación, poco a poco se han ido haciendo un espacio en esta sociedad, especialmente la tailandesa, donde incluso existen algunos baños públicos exclusivos para “*katoeys*”. Sólo los turistas los miran con un recelo foráneo. Sin comprender esta marginalidad tan inserta.

En casi todas las localidades, urbanas y rurales, existen concursos de belleza sólo para ellos. Es una industria emergente, de donde han salido prometedoras figuras de la televisión y la música pop. Con orgullo, han llegado a las altas esferas del deporte, teniendo un campeón de *Muay Thai* o boxeo tailandés: Nong Thoom, cuya historia fue llevada al cine bajo el título “Beautiful Boxer”. En el Voleibol, un equipo de femeninos deportistas ganó la liga nacional masculina.

Probablemente el budismo tenga algo que ver. La aceptación y tolerancia son valores fundamentales de esta religión, y en general, en la sociedad tailandesa existe una fuerte convicción de que la vida debe disfrutarse *hoy*.

Los que no son favorecidos en el mundo de los flashes, o por una u otra razón no logran encontrar trabajo, siempre tendrán cabida en el mundialmente apetecido comercio sexual tailandés. Performando como hombre cuando el cliente así lo exija, o bien, disimulando como mujer. Lo hacen tan bien que muchas veces ni siquiera son descubiertos.

Tal es la razón de cuidado al acceder al mundo de los masajes. Aún cuando la mayoría de las veces no pasan de inofensivos -y muy paliativos- tratamientos descontracturantes, la oferta pecaminosa del “final feliz”, donde por menos de un dólar extra al masaje se suma una felación, puede traer desagradables sorpresas. Sólo el cambio de voz de la amable señorita, que de muy dulce baja unos cuantos grados al comunicar el alza en el precio final, logra que muchos favorecidos no puedan salir del lugar sin dudar.

## Por el turismo o la fuerza

En el noroeste montañoso de Tailandia, casi en la frontera con Myanmar (Ex Birmania), las tres últimas tribus Kayán se debaten contra la extinción. Los Kayán son reconocidos en este mundo gracias a sus mujeres: las del cuello largo. Con los ojos achinados y la piel de un amarillo oscuro, uno que otro pañuelo de colores y los impresionantes anillos de bronce que se enroscan en sus cuellos, ellas son una de las más clásicas postales del sudeste.

En su hábitat natural, estas familias reciben a los millones de turistas que anualmente las visitan. Las pequeñas niñas corretean gallinas flacas; las abuelas tejen sin cesar enormes telares y las madres, dividen el tiempo explicando a los visitantes todos los pormenores de sus pesados collares, dejándose fotografiar y vendiendo algunas artesanías. Por mientras, sus hombres miran desde el fondo, un poco recelosos, cómo ellas protagonizan cada día este *Reality Show*.

Esta tribu es una pequeña rama de un grupo mayor que habita toda la zona norte de Laos, Tailandia y Myanmar: los Karén. En general, todos ellos viven de la pequeña agricultura, de la venta de artesanías y telares, y se mueven libremente por la región buscando mejores oportunidades. Pero los Kayán no corren con la misma suerte desde que el gobierno de Myanmar, en un proceso conocido como “birminización”, decidiera tomar acciones para cambiar la imagen de subdesarrollo del país en la comunidad internacional. Todas las manifestaciones étnicas, principalmente las más llamativas por la manera de intervenir el cuerpo, fueron prohibidas y reprimidas por la fuerza. Además, en medio de una guerra civil, el porvenir de los Karén no era promisorio. O se “birminizaban” o escapaban. A finales de los ochenta, Tailandia les ofreció asilo.

Sin muchas opciones salieron de su antigua provincia en Myanmar, trasladándose al país vecino como refugiados políticos. Allí, podrían educar a sus hijos y tener

asegurada la salud. Incluso, dispondrían de algunas tierras para el autocultivo. Todo, lejos de la guerra y la persecución.

Para visitarlas, se paga un importe que nunca llega directo a sus manos. La Autoridad de Turismo de Tailandia vio en esta cultura, tan exótica en el resto del mundo, una mina de oro y cierra innumerables tratos con agencias locales e internacionales. Son millones los interesados en ver cómo estas singulares señoritas se aplastan las clavículas, deformando y alargando sus cuellos durante toda la vida.

La villa está dispuesta en la ladera de un cerro, y sigue la forma natural de un sendero con casas a los costados a medida que se va avanzando. Las viviendas parecen estar abiertas, como si les faltara un muro o un ventanal y se puede ver directamente al interior. Esto porque ese lado ha sido recogido durante el día, facilitando la exhibición. Como la mejor pieza del museo, cada mujer estira sus vértebras a todo lo que el cuello le da, o se esmera en hilar a máxima velocidad los telares que se exponen a la venta. Otra, llama a su hija de 5 años y con orgullo explica que ya lleva un año enrollándose collares.

Mitos como que su cuello se quiebra si los anillos son removidos, o que los usan para evitar morir atacadas por los tigres son usados como ganchos comerciales. Ellas los desmienten cada vez. Las hace sentir bellas, dicen, y en este matriarcado la belleza es una cualidad primordial.

Se sienten afortunadas, porque a principio de los noventa, el gobierno tailandés inició un plan de repatriación del que quedaron exentas, gracias al aumento de caudales que a través de ellas llegaban a las arcas fiscales. Se sienten desdichadas porque, hasta ahora, no existe otro futuro posible para ellas ni sus hijas. Algunas de las jóvenes ya han manifestado su voluntad de salir del país, sometiéndose a los programas de migrantes de diferentes organizaciones. Pero Tailandia no tiene interés en dejarlas partir.

Los tres campamentos en la zona fronteriza de Mae Hong Son, son hoy su hogar. Un letrero de madera versa en inglés que esa es la “Villa de los Cuellos Largos”. Allí pasan los días moviéndose con fragilidad y elegancia. Se entregan a los flashes y posan, mientras los pesados collares van empujando sus hombros hacia el suelo, dando la impresión que su cuello es más largo que el de los demás. Las que alguna vez fueron beneficiadas con el honor de portar la joyería sólo si habían nacido en día miércoles y nunca antes de los 12 años, hoy son obligadas a usarla incluso a temprana edad sin mediar beneficio astrológico. En un mundo globalizado, los dorados anillos son su moneda de cambio, y por el momento, el único sustento de supervivencia.



## Salir de Laos

La gran mayoría de extranjeros que pasa por Laos, escoge el avión como medio de transporte para continuar la travesía. Caminos en muy mal estado, una flota de buses donde no se habla inglés, y donde 8 horas significan 12, o más, son las principales razones. Violentos choques, pero no tanto de tránsito, sino más bien culturales son los que se pueden prevenir.

Una carrera estrepitosa para ser galardonado como el lao que más escupe es la que se vive en las alturas de las montañas camino en bus, desde la afrancesada Luang Prabang, al noroeste de Laos hacia Vietnam, el extremo oriente continental. Unos 690 kilómetros de dos días y una noche de viaje.

Al subir a la máquina –que traslada desde obreros con sus lustrosos zapatos, al más inusual contrabando de animales, alfombras, y otros bártulos- una bolsa plástica es entregada a cada pasajero. Con ingenuidad se pensará que es para guardar el calzado, siguiendo la tradicional costumbre de quitárselos para ingresar a ciertos espacios comunes. Mas, con sorpresa se constatará que los zapatos, sandalias y alpargatas siguen bien pegados a sus pies de origen, y que las bolsas en cuestión tienen otros fines.

A medida que el bus se aleja de Luang Prabang, va empinándose en altas laderas, y entre tanta curva, subir y bajar, cualquier inocente pensará que la bolsa vendrá bien en caso de que el mareo se haga insostenible. Pero pronto notará que el verdadero uso radica en una sana y permanente costumbre, anunciada por una sonora y profunda inhalación: el escupitajo.

El infaltable pinchazo de rueda se convierte en parada obligada, y en un buen momento para bajar, cambiar de aire, y estirar las piernas. A punta de señas y brazos alzados, los lao se hacen entender, y sin mayor problema se comprende que no es recomendable caminar más allá del espacio delimitado por la carretera. La sugerencia

es valiosa, ya que disminuye el riesgo de pisar una de las millones de bombas antipersonales esparcidas por todo el país.

Vuelta al bus, y de a poco el aire comienza a escasear. En un cartel de simbología universal, un cigarrillo es atravesado en un círculo por una banda roja. Pero el universo es relativo, y los cigarrillos se encienden por doquier, sin importar que las ventanas estén selladas para el mejor uso del aire acondicionado que, por cierto, jamás será encendido. Afuera, el camino va cambiando a paisajes más altos, fríos, y húmedos. Adentro, la nube gris de a poco se convierte en un elemento más de la composición natural.

Aún hay luz cuando el bus pasea por la calle principal de un poblado, y se estaciona sin más en un terminal. Todos descienden en Phonsavan, región infame por albergar la mayor cantidad de bombas sin explotar en el mundo. Tras encontrar dónde pernoctar y comer, hay que preparar la mente para la continuación. La segunda parte del bus. A las 7 de la mañana, comienza el recorrido por las últimas praderas de Laos, y el cruce a la tierra del tío Ho. Serán las últimas 12 horas del periplo, para los 400 kilómetros que quedan.

La frontera de Nam Khan es donde se despiden estas dos naciones. El barro todavía ensucia el ajado suelo de madera del lado occidental, el de Laos, donde funcionarios sonrientes trabajan cigarro tras cigarro en una casita sin sus completas reparaciones, casi a oscuras.

Con los sellos timbrados en los pasaportes se sigue el camino a pie, donde poco a poco el barro se va secando, y el asfalto va apareciendo bajo él. Una solitaria bandera flamea roja al fondo, sobre un ermitaño e imponente edificio en medio de la selva y las montañas.

Tres uniformados, orgullosos del rojo brazalete que adorna sus brazos, reciben a los pasajeros en tránsito tras un jardín de arbustos perfectamente mantenido, donde la

frondosidad de la selva es recortada a punta de machete para dejar en relieve un solo mensaje: "Vietnam".

## Reunification Express

Laos queda atrás. Y allí el tiempo atrapado por las fronteras comunistas. El tormentoso viaje en bus de 36 horas, lleno de humo de cigarrillos y el incesante sonido gutural que la gente lao hace antes de escupir, acaba en la terminal de Vinh, ciudad capital de la provincia de Nghe An, al centro norte de Vietnam. Aquí, los olores de las comidas callejeras son más reconocibles, y la señalética urbana está traducida. De a poco, se percibe que la distancia con Occidente se va acortando.

Por alguna práctica razón, las estaciones de trenes y de buses son buenas vecinas. El rodoviario Ben Xe Vinh en la calle Le Loi está a unas seis cuadras de la estación de trenes Ga Vinh. En la boletería se reúne un porcentaje importante de los mismos pasajeros que viajaban juntos desde Luang Prabang, 36 horas atrás.

Las cinco ventanillas son iguales, de un vidrio ligeramente ahumado y que sólo deja espacio para dialogar al agacharse y hacerlo por el pequeño espacio que simula un arco de medio punto, que también sirve para la transacción económica. Hecho el intercambio, no queda más que esperar. Y allí, viendo programas de la televisión local en la pantalla empotrada en la pared, se espera el tren de las 11.30.

El *Reunification Express* recorrerá 320 kilómetros sobre los rieles antes de llegar a Hanoi. En el andén número 2 hay que esperar atentos, en una intensa oscuridad. Poco a poco, la silueta de otros viajeros parapetados en la negrura del andén va dibujándose a medida que el tren comienza a hacer entrada, iluminando todo a su paso. El blanco, azul y rojo que decora la máquina rememora por un segundo el ya desterrado patriotismo, pero sin mucho pensar hay que saber abordar en un estado cercano al movimiento; el ferrocarril no se detendrá. Y así puede retomar prontamente rumbo norte.

Una vez arriba, al caminar por angostos pasillos iluminados por ese azulino brillo parecido al de los tubos fluorescentes, se verifican las puertas corredizas, buscando el número correcto. Al abrirla, seis catres –tres a cada lado, y uno sobre otro- reciben

con frazadas dobladas a sus pies. Entre ellos, al fondo, la ventanilla decorada con cortinas de tela, y una mesita de luz. Una que otra perilla y aparatos inoperantes adornan los costados. Son de tiempos mecánicos.

El trote del tren tiene bastante de musical. Marca el ritmo y al poco tiempo induce al sueño. Pero mejor que dormir al son de las líneas, y una que otra piedra en el camino, es la postal imborrable de los infinitos arrozales, rebosantes de agua reflejando la luna. Una tras otra avanzan estas lagunas artificiales, como uno tras otro se oyen los pasos del *Reunification*.

Antes de llegar a cada estación, alguien golpea la puerta anunciando en un idioma desconocido el nombre de la parada. A las 4.30 de la mañana es el turno en Ga Long Biên y aquí, la bienvenida queda a cargo de familias de roedores que sin prisa recorren los recovecos entre la máquina, el andén y los rieles.

Ya entrada la noche aparece la lluvia, tan común en este lado del planeta. Menos intensa, al llegar y descender en la Estación de Hanoi, el agua cae como en cámara lenta. Es un polvillo de agua que se ve a través de los grandes faroles amarillos, que de a poco se van apagando, conforme va despertando la ciudad.

## Mansión Hilton

En principio es sólo un cuarto más del edificio. El ingreso está permitido, pero muy pocos lo hacen. El pasillo está decorado por una oscuridad espesa, donde la única referencia es la famélica ampolleta que apenas brilla al fondo, atravesando un portal de concreto. En su interior las paredes son negras y confinan en penumbra a un oxidado grillete de hierro, en un ambiente de apenas un metro cuadrado. El sopor de la angustia emana desde el piso y no escapa de la habitación, aún cuando la puerta ya no existe. Es simplemente una celda de aislamiento en Hoa Lo, la prisión donde Francia, Vietnam y Estados Unidos forjaron y enclaustraron su historia.

“*Maison Central*”, se puede leer desde la calle en un arco sobre el negro portón principal de la entrada. El eufemismo galo que sus creadores le dieron a esta construcción es convincente; con paredes de amarillo cálido delineadas por pilares de piedra lisa, sólo los cables electrificados que coronan los muros sugieren una intención diferente. Construida a partir de 1886, la cárcel se erigió como el principal centro de detención, tortura y ejecución de revolucionarios vietnamitas bajo el yugo del imperio colonial francés.

Una pobre iluminación desciende desde unos tragaluces, que arañados por gruesos barrotes graban la silueta de unos 30 hombres. Sentados uno junto a otro sobre dos hileras de humedecidos catres, conversan en silencio, juegan sin juegos, y lloran casi sin expresión. Todos se encuentran unidos e inmovilizados por los tobillos atrapados por gruesas cadenas, que poca importancia le prestan a que sus cautivos estén hoy petrificados en cerámica y son parte de un museo.

Diseñada originalmente para albergar a 600 internos, hacia 1954 las dimensiones de esta cárcel estrangulaban a más de 2 mil prisioneros bajo condiciones infrahumanas, cuando la Guerra de Indochina comenzaba a extinguir su fuego y daba paso a la independencia.

Luego de la victoria definitiva sobre los franceses en la batalla de Dien Bien Pu, Hoa Lo se alza como la figura epónima de la explotación colonialista, y el crisol ideológico de la naciente República Democrática liderada por Ho Chi Minh. Pero la legión extranjera no sería el último ejército invasor, ni los líderes políticos vietnamitas los últimos invitados en la Mansión Central.

Se elevaba el mes de agosto en 1964, cuando era derribado sobre territorio enemigo el avión piloteado por Everett Álvarez. Posterior a su captura, el teniente de ascendencia mejicana quedaría registrado como el primer huésped norteamericano del “Hanoi Hilton”, bautizada así por el ingenio y sarcasmo que caracteriza a los prisioneros de guerra.

Apenas seis años tenía Barak Obama, en 1967, cuando asistía al colegio primario en Yakarta, Indonesia. Por esos días, y tres mil kilómetros al norte, su futuro adversario camino a la Casa Blanca, John McCain era capturado y encerrado durante seis miserables años en Hoa Lo, donde hoy se exhibe con orgullo su uniforme y paracaídas.

Como suele ocurrir, la historia tampoco carece de ironía. Veintiséis años después de que el senador republicano junto a sus compañeros regresara a casa, y tan sólo a seis cuadras de su presidio, fue inaugurado el Hilton Hanoi Opera Hotel, premiado cinco veces consecutivas como el mejor de Vietnam.



## Di Caprio sin estrellas

Cerca de las calles, ruidosas, luminosas, y especialmente adaptadas a los gustos de otras tierras, en el centro de Pukhet hay un pasaje más oscuro y silencioso. Algunos salones de Internet, donde preadolescentes juegan por horas; una que otra paquetería y un bazar abierto hasta después de las 2am.

También está el *Hotel On On*.

No sólo es el primer hotel de Phuket, abierto desde 1929. No sólo es el hotel de la película de Leonardo Di Caprio. El On On, con su blanquísima fachada, tropezón de arquitectura china y portuguesa interrumpida sólo por los miles de cables del tendido eléctrico, es una manera de alojar en Tailandia y darse cuenta rápidamente que este país más parece otro planeta.

La promesa que convence a sus miles de pasajeros al año es la de una habitación doble, con baño privado y ventilación por menos de 9 dólares americanos. Su encanto particular no pasa precisamente por los lujos.

Los cielos altos permiten ventanas en la parte superior de los muros que dan al pasillo, por ahí entra a las habitaciones el titilar incesante de un tubo fluorescente mal conectado. El sonido de esas conexiones eléctricas, se confunde pronto con el caminar veloz de pequeños e inofensivos chinchas. Juntos, componen una excelente tonada para el concilio del sueño.

Además, debe ser de los pocos hoteles para extranjeros que aún mantiene la tradición del *squad*, el hoyo enlozado al lado de un gran barril de agua que sirve de excusado. Las delgadísimas paredes permiten saber hasta qué está pensando quién sea que esté en la habitación contigua. Y desde muy temprano, antes del alba, los aromas de la cocina invaden todos los espacios.

No son los olores que se esperan de un desayuno, como pan tostado o café. Totalmente desconocidos, ácidos, agrios. Aromas a pescado, aceites, algas, y quién sabe qué otras cosas, se cuelan por los espacios entre las maderas. Sin experiencia previa en los aromas del sudeste, puede convertirse en un recuerdo indeleble.

Claramente, el presente no es el mejor momento del edificio. El que alguna vez fuera el único y más lujoso hotel de la isla de Pukhet, hoy descansa en su propio recuerdo. Con los vidrios quebrados, la habitación 38 se muestra al mundo en todo su esplendor en las imágenes de la película “La Playa”. Y en ellas, se hace justicia. Muestran todo el *glamour* que aquí se pueda esperar.

## **El Vaivén de la Pluma**

Termina la jornada laboral en Hanoi, y un hombre acorbatado camina enérgicamente junto a su maletín por los adoquines de la calle Quoc Tu Giam. La calzada se extiende por más de cuatrocientos metros, bordeando un costado del Van Mieu, más conocido como Templo de la Literatura. Su vasto muro de bloques separa el sagrado espacio interior del exterior cotidiano, y a su milenaria historia de esta otra, donde el hombre continúa caminando quitándose ya su chaqueta.

El motivo podría ser el calor, con una media primaveral de 30 soporíferos Celsius. Pero el ejecutivo ya se encuentra frente a una mujer que, abarquillada en una silla y mesa de madera igualmente plegadas, y por un par de monedas, lo inscribe en su cuaderno para el siguiente partido de bádminton callejero.

Al vestón lo sigue el sombrero, y como un desvergonzado Superman sin cabina telefónica, rápidamente comienza a aflorar la indumentaria deportiva que durante todo un día de trabajo esperó para ser revelada. Con su identidad secreta al descubierto, el hombre toma asiento en los diminutos pisos de plástico azules junto a un puñado de otros expectantes jugadores, a la espera de su turno y celebrando las acciones del partido que se está disputando.

La plumilla vuela de un lado al otro en un estilizado e hipnótico vaivén, por sobre la altura de la red atada entre un árbol y la pared del sacro templo, en una imagen que se replica cada 25 metros a lo largo de toda la peatonal.

Con orígenes chinos e indios esparcidos a finales del siglo XIX, este deporte importado y profesionalizado por los ingleses es, por lejos, la expresión deportiva más común en las calles, plazas y parques de la capital vietnamita. Las parejas cogen sus famélicas raquetas y se enfrentan para correr, saltar, reír, y festejar extasiados.

Final del juego, y los trajes no regresan a los cuerpos todavía agitados. En un costado, la mujer registra minuciosamente los resultados del partido en su libreta. Algunos retoman los pasos hacia sus hogares, y otros se despiden montados en sus motocicletas, dejando lugar a quienes recién vienen llegando.

Que pase el siguiente.



## ***Respect the Lao***

Cuatro personas entran a un restaurant en Luang Prabang. De extravagante oferta de posibilidades desplegada en una no menos extravagante carta, deciden pedir los cuatro platos más occidentales posibles.

Al igual que otros 150 pasajeros, acaban de descender de un espigado bote con capacidad para 80, que durante dos largos días se arrastró río abajo por el Mekong, alimentándose fundamentalmente de galletas y agua tibia.

Entre la arquitectura francesa colonial, una apenas perceptible brisa que casi refresca y la selva que todo lo manosea, los cuatro comensales esperan. Bajo los codos, cada individual está totalmente cubierto con letras a máquina, pero la sed, el hambre y la impaciencia no dejan leer a nadie. Cuando el grupo decide enviar a un representante a preguntar por la comida, el primer plato con una hamburguesa es dejado al centro de la mesa.

Maquinalmente, el beneficiado coloca su tesoro justo frente a él, acechando agazapado hasta que lleguen los pedidos de sus acompañantes. Pero pasan los minutos y los meseros no se mueven, así que Mr. Hamburguesa resuelve que sus compañeros son apenas conocidos del viaje y decide hincarle los dientes a través del pan, la carne y el queso derretido. Por pudor o placer, sus ojos están cerrados. Al abrirlos, mira a sus conocidos y se enfrenta a la despreciable decencia de compartir.

En un cuarto del tiempo, el sándwich llega a su fin. Con toda impunidad, el camarero retira el plato sin decir palabra. Evidentemente molestos, el representante previamente electo hace efectivo su cargo, pero no alcanza a ponerse de pie cuando la pizza individual es delicadamente ubicada al centro. El tiempo pasa nuevamente y el Sr. Pizza mirando siempre hacia la cocina ofrece tímidamente su plato a los otros tres, como invocado la aparición de los otros pedidos.

El acto se repite con la segunda pizza y lo mismo con el pollo asado. Los cuatro indignados piden explicaciones, pero sólo son contestadas con sonrisas y bromas indescifrables. La espera incluso permite a los hambrientos teorizar sobre el sentido de lo ocurrido: Don Pollo Asado asegura que los locales en este rincón se divierten así con los extranjeros, mientras que Mr. Hamburguesa considera que estas delicias occidentales son muy difíciles de preparar para el afanoso chef oriental. El Sr. Pizza, categórico, sentencia que el restaurant es muy malo.

Pero nadie está siquiera cerca. Al igual que en el resto del sudeste asiático, la rareza culinaria en su mayoría no está en el qué se come. Ni siquiera en el cómo se prepara.

Mientras esperan la cuenta, los cuatro amigos (la experiencia los ha unido) comienzan a revisar las palabras en inglés que atraviesan el individual en todas las direcciones. Encabezando el texto aparece “Respect the Lao”, juego de palabras que reemplaza a Lao (gentilicio de Laos) por Law (Ley), a lo que le sigue una síntesis de costumbres y aspectos culturales del país que deben ser considerados.

En el recuadro más destacado se estampa lo siguiente: “Al ordenar comida en un restaurant, entienda que en nuestro idioma la palabra mío y tuyo es la misma”. Mr. Hamburguesa, Don Pollo, Sr. y Sra. Pizza estaban a punto de pagar su primera comida típica.

## **El Reino de Lang Xang**

Unos corren con la lengua afuera tras una pelota de fútbol. Otros gritan y de pronto se quitan el sombrero. Algunos se pasean solitarios y silentes entre las multitudes bulliciosas de Bangkok, confundiéndose entre el gris de edificios y asfaltos. La gran mayoría quedó cesante cuando la tala de árboles se prohibió en 1990, y una parte se dedicó al transporte, el espectáculo o la pintura. Hay quienes aún se aferran a la religión, como si su desacralización no estuviese ya profundamente consumada. E incluso están los que todavía se dan el lujo de correr descalzos por la selva, como si deslizarse a través del tiempo lanzándose agua en la espalda o sumergiéndose en el barro, no fuese más que otro día en la vida. Actualmente no quedan muchos, errando bajo la amenaza; pero hace setecientos años dieron su nombre al inmenso territorio conocido como Lang Xang, o el Reino del Millón de Elefantes.

Desde que los gigantes grises dominaban los territorios del sudeste asiático han pasado decenas de generaciones, llevándose consigo gran parte del cariño y respeto con que eran tratados. Pero la nobleza de estos animales trasciende las investiduras divinas del pasado como a la cruel sobreexplotación del presente. Sin importar las diversas destrezas o actividades que día a día desarrollan, ningún presente olvidará el comportamiento en común que los elefantes de esta región tuvieron el 26 de diciembre de 2004, en un acontecimiento que religión, ciencia, metafísica y medios de comunicación aún intentan abordar.

La mañana de ese día, las costas al sur de Tailandia despertaron con un inquieto barritar. En la playa de Khao Lak, los cuidadores eran incapaces de calmar a estos inmensos animales, que comenzaron a patear el piso y a quitarse sus cadenas. De un momento a otro, la manada de elefantes comenzó a correr hacia los cerros, rodeando con sus trompas a toda persona que se les cruzara para subirlas a sus espaldas. Muchos huyeron al ver semejante estampida; otros decidieron seguirla. De pronto, en medio de la descontrolada carrera y a una altura determinada, las gruesas patas se detuvieron.

Cuando los turistas y lugareños miraron hacia atrás, una ola de más de diez metros comenzó a devorar la ciudad, de la misma forma que lo hacía en Malasia, Indonesia, Sri Lanka y la India, donde más de 200 mil personas murieron. Algunas horas antes, un terremoto grado nueve estallaba en las profundas grietas submarinas próximas a Sumatra, agitando al océano como única manifestación perceptible en la superficie de la fuerza desatada.

Oídos sensibles a los infrasonidos; estructuras óseas que detectan hipervibraciones; sexto sentido y comportamiento sagrado son algunas las pretensiones de conocimiento y verdad con que los hombres intentan explicarse lo que pasó esa mañana. Para los elefantes, en cambio, resulta todo mucho más simple. Ellos sólo protegían a los habitantes de su reino.



## La Bahía de Ha Long

Hay un lugar en el mundo donde mil quinientos kilómetros cuadrados de mar se juntan con un cielo azul, gris e infinito, que se quiebra sólo por enormes rascacielos de piedra caliza que emergen ingrávidos desde el agua, en el Mar del Sur de China, pero al norte de Vietnam.

No es visible desde tierra firme. El periplo comienza al abordar unas embarcaciones de imponentes e inolvidables velas coronadas por la bandera roja de la estrella dorada. Avanza el barco, y el color del agua va cambiando. De un café oscuro, más parecido al del río Mekong, se va transformando en un verdoso azul. Atrás queda el ruidoso embarcadero, lleno de turistas, lleno de vietnamitas, lleno de ratones y lleno de olores. Y de a poco, va haciéndose camino a un espacio sin oleaje, enorme y anacrónico.

Desde la goleta, puede verse que en el horizonte van apareciendo las puntas de unas rocas enormes. Islas. Islotes rebosantes de vegetación. Algunos albergan cuevas misteriosas donde habitan murciélagos y más. Otras son navegables en barcos menores o kayaks. También hay algunas que sólo son una gran masa de piedra y espesura, que al verlas a contraluz adoptan las más variadas siluetas, envidia de todo geólogo. Cada rincón esconde secretos y más de algún pirata ocultó aquí sus tesoros.

En un claro, habita toda una villa. Una de las cuatro villas flotantes de pescadores de la zona. Construida sobre el más tranquilo mar, hombres y mujeres lanzan sus redes para atrapar el sustento. Saludan cariñosos, y arriba de sus botes a remos ofrecen frutas, bebidas, y artesanías.

De día es posible bajar de la embarcación y perderse dentro de las cuevas de estalagmitas y estalactitas que los franceses bautizaran como la *Gruta de las Maravillas*, y también, adentrarse a remo en alguno de los lagos encapsulados dentro de los islotes. De cualquier modo, el resto del mundo queda absolutamente excluido.

Horas pueden pasar bautizando rocas y acantilados con sus infinitas formas, y cualquier momento es el perfecto para disponerse a observar el horizonte sin tener mucho en qué pensar. En estas latitudes el calor agobiante deja de ser un problema, y la brisa marina calma cualquier fiebre.

Cae la noche y la amplitud se hace mayor. El cielo termina por fundirse en el mar y la luna queda como única protagonista, fuente de luz. Todas las siluetas se disuelven y parecieran bailar en el reflejo del agua. Ahora ya no hay sonidos, más que los de la tripulación recogiendo las velas y preparando la comida. De repente, asoma entre los riscos otro barco de velas encogidas, navegando a la lenta deriva y suspirando la misma ensoñación. Pasa lentamente y, a medida que se aleja, vuelve a reinar la atemporalidad de antes. Lo único que avisa que el tiempo sigue su curso es el amanecer que con un dorado resplandor va encendiendo todo de una vez y revela cómo los islotes, traviesos, se han vuelto a mudar.



## Usted No Lo Haga

Frecuentemente, lo primero que se busca una vez recuperados los bolsos de viaje en un aeropuerto, son los servicios higiénicos. Y con absoluta seguridad, el querer satisfacer esta básica función orgánica es la primera y más estrepitosa manera de caer en cuenta que la “distancia con Occidente” es más que un añejo lugar común.

En el inodoro de la vida, se podrá variar en diseño, materiales, incluso colores. Los más osados lo habrán hecho a campo traviesa, cerca de la naturaleza, o en letrinas cavadas en la tierra. Pero al chocar de frente con estos artefactos en Asia, sin duda, la primera reacción será un profundo y oscuro desconcierto.

Al ingresar al cuarto de baño, de alguna u otra forma ducha y lavamanos dicen presente. Algo falta. O sobra. No se sabe a ciencia cierta si lo que termina por confundir es el barril lleno de agua en el que flota un jarro plástico, o el volumen invisible de la taza, que sesgada al ras se transforma en agujero. Brillante loza blanca empotrada al piso.

Para los varones no representa mayor desafío, al menos no en todas las ocasiones. Aún cuando sería recomendable, no es necesario un manual de instrucciones. La necesidad obliga, y rápidamente se comprende que el modo de uso para las señoritas es en cuclillas, con un pie a cada lado de la boca de porcelana. Incluso, parece que estuviera dibujado en blanco y brillante relieve dónde pararse.

Lo complicado es el equilibrio, sobre todo cuando se ha pasado una vida acostumbrado a descansar las posaderas al llevar a cabo la acción.

Sin embargo, esta posición semejante a la de las gallinas, es bien dominada en este lado del mundo. Hombres y mujeres de todas las edades son vistos en las veredas de las calles descansando cuales pollos picoteando.

¿Y el barril con agua? Si se considera la inexistencia de una taza de baño, es fácil intuir que tampoco se halle un estanque de agua. Además, al tener cubierto el factor “distancia al suelo” no se necesita más que un par de buenas baldeadas para dejar sin trabajo a todo el sindicato de fontaneros. El papel higiénico corrió con la misma suerte.

Pero no hay que dramatizar. El baño occidental está bien posicionado en Asia, y aún cuando la versión oriunda se reproduce en aeropuertos, hoteles y por cierto en las casas particulares, el W.C. no es tan difícil de encontrar. Incluso en los más escépticos, la variedad ha llevado a la reflexión respecto a la distancia versus el contacto que se puede tener con un retrete.

Mención aparte merece un servicio público del parque arqueológico Angkor Wat, en Cambodia. Con las dos posibilidades para elegir, en el cubículo privado del baño estilo europeo existe un afiche con una singular apreciación. Claramente destinado al pueblo asiático, la pancarta demuestra, al estilo “usted no lo haga”, que en este tipo de artefacto está prohibido subirse sobre la taza y adoptar la plumífera posición.

## Chiang Rai United

Música del cuerpo y fiesta de los ojos, el fútbol es el deporte más lindo del mundo. Aún cuando Borges hizo todo lo que su intelecto le permitía por despreciarlo, la popularidad de la pelota rodando es un axioma moderno. Y con la misma rigidez de aquel dogma se sabe que cada rincón del mundo tiene su manera particular de vivir este juego, que todas las semanas desborda los límites calados de la cancha para empapar las raíces culturales de cada nación.

Dime como juegas y te diré quién eres, dice el maestro Eduardo Galeano. Son las 5 de la tarde en Chiang Rai, pequeña ciudad en el extremo norte de Tailandia, y por las calles comienzan a verse más poleras naranjas de lo normal. Quienes las visten se saludan con el nerviosismo de quien está haciendo algo fuera de lo común, y abordan distintos transportes hacia un mismo destino: el Mae Fah Luang University Stadium.

Todos quieren ver el partido debut del recién formado Chiang Rai United FC, que en su primer año buscará ascender hasta la segunda división del fútbol Tailandés. El desafío no es sólo contra los otros 11 equipos de la zona norte, sino contra la evolución misma de este deporte a nivel nacional. En este lugar no basta ser el mejor para ascender a la primera división. Es necesario contar con una invitación especial del rey para llegar a la máxima categoría y poder disputar el título con los equipos de gobierno, la policía y el ejército entre otras honorables instituciones públicas.

Con todo, el Chiang Rai United comienza a forjar su historia cuando salta a la cancha para enfrentar su primer partido oficial. Y el recibimiento es ensordecedor; unos 2 mil hinchas, en su mayoría estudiantes, han llegado para apoyar a “Los Escarabajos” como han sido bautizados. En medio de papel picado y los aplausos, un niño atraviesa corriendo la parte baja de la galería con una enorme bandera naranja, que aún sin escudos ni consignas flamea por el estadio de un costado a otro, en una especie de ola asistida.

El árbitro pita el comienzo del partido, y la fiesta se desata. Como en los antiguos clásicos universitarios del fútbol chileno, la barra oficial es una estructura organizada y afinada hasta los detalles más sutiles. Cuatro percusionistas marcan el compás a punta de congas, timbales, platillos y otros instrumentos tradicionales, mientras uno y sólo un designado se para frente a todo el gentío para mostrar las epilépticas coreografías. El ritmo es frenético, al igual que los cantos y los pasos de baile, que sólo se ven interrumpidos por las escasas llegadas ofensivas de los dueños de casa.

El entretiempo es momento de descanso para los equipos, pero no para la barra, que muestra sus mejores pasos rescatando más aplausos que los propios jugadores. La intensidad se mantiene durante todo el segundo tiempo y el jolgorio continúa, pero todos saben lo que falta. Los noventa minutos están cada vez más cerca, y los ataques de Chiang Rai se hacen más punzantes. El técnico Saritha Wuttichuay, que viste *jeans* y la camiseta del equipo que dirige, aviva a sus jugadores exigiéndoles un último empuje, hasta que lo consigue. Luego de una serie de rebotes en el área rival, los “escarabajos” logran el primer gol de su historia, desatando un estallido color naranja sobre todo el estadio, que aún no termina de abrazarse cuando el Chiang Rai United vuelve a marcar, sentenciando el 2 a 0 final para los locales.

Los jugadores se abrazan al centro de la cancha junto a su entrenador y saludan al público, oficializando el inicio de un amor recíproco y en muchas ocasiones doloroso. Todos abandonan el estadio riendo y abrazándose, en medio de una sensación inédita. No es ya un equipo el que festeja la victoria, sino la ciudad de Chiang Rai completa, *united*.



## Manitos de Flor

Son esperados aires que traen consigo un poco de alivio al incesante calor. Cambio en el escenario. Baja el sol y empiezan a asomar los actores nocturnos de las calles de Chiang Mai.

Inconfundibles *ladyboys* de ojos alargados, y toscos europeos que suelen dejarse engañar. Los turistas, borrachos y sedientos de Asia. Los locales, acostumbrados a toda esta parafernalia preparada especial y específicamente para los occidentales.

De pronto, justo detrás de “*Pupe*”, el bebé elefante que obligado a pasear entre los transeúntes mueve la trompa y se deja tocar, aparecen ellos. Pero primero llega su aroma.

Traen en sus manos el trabajo de otras manos artesanas. Probablemente han sido sus madres, las mismas que los sacan a las calles por las noches a vender, las que han tejido estos collares de flores frescas de jazmín. Fragantes. Delicados. Como ellos.

Por sólo 10 baths -un tercio de dólar- ellos sonrían. Es un momento mágico de trueque donde vuelven a ser felices. Cuelgan el collar al cuello y regalan una pequeña oración con los ojos cerrados. Posiblemente piden que sean muchos más los que con un tercio de dólar adelanten la hora de ir a dormir.

## Siem Reap de Incógnito

Un repique tecno rebota de lado a lado en Siem Reap, punto de entrada a la milenaria ciudad de Angkor Wat. Los sintéticos compases marcan el comienzo de “We Like to Party” del grupo Vengaboys, pieza esencial en el cambalache musical que reventó en la fiebre del último fin de milenio.

Sutilmente, el eco y la vibración ultra grave ascienden al nivel en que es necesario dejar de hacer lo que se está haciendo y asomarse a la calle. Por la línea punteada del Sivatha Boulevard, el altavoz blanco más grande de Camboya avanza lentamente, montado en un insignificante carro destartado y decorado con decenas de cuchillos que apuntan en todas direcciones.

No se mueve solo. La tracción queda en manos de un hombre en extremo delgado, con piel de herrumbre y pantalones del mismo color. El torso brillante absolutamente cubierto de tatuajes –mal podría decirse desnudo-, mezcla imágenes religiosas y de guerra en tonos púrpuras que terminan confundiéndose.

No vende nada. No porta mensaje ni consigna y sólo sonrío. Todos lo miran pero nadie se acerca, a excepción de un extranjero que apurado lo alcanza para plantarse frente a frente. Con cierto nerviosismo la cámara se alza. En un gesto súbito el hombre de las navajas mete una mano en su pantalón. Ante la posibilidad de lo impensable, el pulso que sostiene al lente se paraliza. En cámara lenta, el retratado extrae de sus bolsillos incontables billetes de cien dólares para exhibirlos con los brazos abiertos.

El viajero da un paso al costado con una mueca deshidratada, y el enigma con patas sigue su camino sonriendo.



## Campos de Muerte

*Recordar: del latín Recordis, volver a pasar por el corazón.*

Un niño visita junto a su padre el patrimonial sitio de Choeung Ek, ubicado unos 17 kilómetros al sur de Phonm Penh, capital de Camboya. En una zigzageante entrada hecha de palos secos, se mezclan con otras familias, turistas, monjes y grupos de escolares. Luego de una breve oración, el hombre toma a su hijo de la mano y comienzan a caminar por un campo prácticamente baldío, rodeado de un agrietado bosque no mayor a una cancha de fútbol. En medio del esporádico césped, el sendero los conduce a un espacio donde la tierra pareciera haber sido golpeada repetidamente por un inmenso martillo, como si todo el lugar fuese una gigantesca paila de cobre. Con sus rasgados ojos bien abiertos y sin decir una palabra, el niño de unos 8 años escucha a su padre mientras apunta hacia una imponente mezquita budista, que se eleva unos 25 metros al centro de todo. Ese único edificio, con cristales en lugar de muros, contiene los cráneos de casi 9 mil cuerpos exhumados a su alrededor, asesinados todos bajo el régimen del Khmer Rouge.

“Campos de muerte”. Con ese nombre se conoce a las fosas masivas que rasgan su geografía, donde más de dos millones fueron apilados y sepultados. Conformado a comienzos de los años cincuenta, el Partido Comunista de Camboya cambió su nombre al finalizar la guerra de Vietnam para llamarse Partido Democrático de Kampuchea. Engullendo al Maoísmo en una interpretación extremista, la agrupación fue bautizada por el rey Norodom Sihanuk y la permanente influencia francesa como el Khmer Rouge.

Liderados por Saloth Sar, los “Jemeres Rojos” tomaron el poder el 17 de abril de 1975, poco después de los festejos de año nuevo. Una nueva era comenzaba con la caída de la ciudad de Phnom Penh, cuando Sar cambia su nombre a Pol Pot y declara aquella fecha como el Año Cero, iniciando el proceso “purificador” de la sociedad camboyana. En el año de la liebre, el país fue víctima del “gran salto”, en un proceso jamás repetido en la historia. Toda infraestructura urbana fue destruida. Se abolió el

mercado, la moneda y las escuelas. La ciudadanía fue convertida por la fuerza hacia el campesinado. Grupos étnicos, religiosos e intelectuales fueron sistemáticamente exterminados. En menos de cuatro años, la sanguinaria experiencia llegaba a su fin costándole la vida a tres millones de personas, equivalentes a un tercio de la población.

Al interior del memorial Choeung Ek, y tras un manto alabastro de semiesferas agrietadas, las miradas de niños se cruzan a diario con las de cuencas vacías que llegaron ahí desde no muy lejos. La gran mayoría de esas personas provenían de lo que hoy es el museo Tuol Sleng, principal centro de detención, tortura y ejecución de la Kampuchea Democrática. Miembros del gobierno derrocado, enemigos del estado, y finalmente todo aquél que atentara contra el partido fueron reclusos en S-21. Por los pasillos de lo que alguna vez fue el prestigioso Colegio Tuol Svay Prey, se ilustran con estremecedora pedagogía las aberraciones cometidas en su interior, manteniendo intactas las celdas por donde 14 mil personas llegaron, y solo doce salieron con vida.

Una barra de acero con empuñadura, cadenas, bidones de gasolina y cajas de baterías eléctricas decoran una camilla metálica, ubicada al centro del piso cuadriculado de amarillo y blanco. Como en un laberinto, la imagen se repite en todas direcciones a lo largo del ala este del edificio, donde las aulas fueron destinadas a la tortura. Afuera, en el patio, enormes arcos de madera se alzan sobre tinajas de greda llenas de agua, desde donde los prisioneros eran colgados de los tobillos para ser sumergidos de cabeza.

Distribuidos a lo largo y alto de sus tres niveles, enormes cuadros colmados de rostros inmortalizan a quienes posaron para el lente en su ingreso a S-21. La difuminada imagen de un adolescente refleja las distintas caras del holocausto, y a un monje budista que observa con detención los retratos en el panel de enfrente. Previo a 1975, alrededor del 90 por ciento de la población en Camboya practicaba alguna forma de budismo, y muchos jóvenes se dedicaban a la vida monástica durante parte de sus vidas, constituyendo el pilar fundamental de la cultura regional. Bajo la persistencia de los Jemeres Rojos por extirpar cualquier amenaza y representación de pasado, la

documentación al interior de Tuol Sleng estima que de los más de 50 mil monjes budistas existentes, sólo 800 lograron escapar de la persecución y la muerte.

Bajo gruesos y oxidados alambres de púas se encuentra la salida, esa que tantas veces abrió sus puertas para que camiones repletos de cuerpos abandonaran el recinto en busca del silencio. Afuera, motos adaptadas para transportar hasta cuatro personas en su parte trasera se estacionan una tras otra junto a sus conductores, que con distintas estrategias se las ingenian para llevar a los visitantes a otro refugio de la memoria. Uno de esos choferes es Sokun, joven de 22 años y experto en el oscuro período que muerde incesantemente su presente. Como la inmensa mayoría de la población actual, muchos familiares de Sokun fueron asesinados o marcados para siempre con la pérdida de una extremidad, obligándolo a trabajar desde niño; y también como muchos, hoy costea sus estudios en inglés e historia, “para mantener viva nuestra identidad”, explica volteándose más de la cuenta hacia sus pasajeros.

Al igual que Sokun, Choeung Ek y Tuol Sleng, cientos de monumentos se alzan a lo largo de Camboya, rescatando a su intrahistoria y ancestral cultura Khmer, que de un zarpazo fue mutilada hasta casi desaparecer. A 30 años del genocidio, Camboya continúa su lucha incansable contra el olvido, para florecer desde el recuerdo.



## El Nuevo Régimen

*Poema de Sarith Pou, exhibido en el museo del genocidio Tuol Sleng, Camboya.*

No rituales religiosos.

No símbolos religiosos.

No adivinos.

No los curanderos.

No respeto a los ancianos.

No estatus social. No títulos.

No educación. No formación.

No escuela. No aprendizaje.

No libros. No biblioteca.

No ciencia. No tecnología.

No bolígrafos. No papel.

No moneda. No regateo.

No compra. No venta.

No mendicidad. No dar.

No monederos. No carteras.

No derechos humanos. No libertad.

No tribunales. No jueces.

No ley. No abogados.

No comunicaciones.

No transporte público.

No transportes privados.

No viajes. No correo.

No invitar. No visitas.

No faxes. No teléfonos.

No reuniones sociales.

No parloteo.

No bromas. No risas.

No música. No baile.

No romance. No coqueteo.

No hormigueo. No citas.

No sueños húmedos.

No masturbación.

No dormir desnudo.

No baños.

No desnudez en las duchas.

No canciones de amor. No cartas de amor.

Ningún afecto.

No casarse. No divorciarse.

No conflictos conyugales. No se permite pelear.

No blasfemias. No maldecir.

No zapatos. No sandalias.

No cepillos de dientes. No maquinillas de afeitar.

No peines. No espejos.

No loción. No maquillaje.

No el pelo largo. No trenzas.

No joyería.

No hay jabón. No hay detergente. No champú.

No punto. No bordando.

No ropa de color, excepto negro.

No estilos, a excepción de pijama.

No vino. No savia de palma Matute.

No encendedores. No cigarrillos.

No café de la mañana. No té de la tarde.

No aperitivos. No postres.

No desayuno [a veces no cena].

No piedad. No hay perdón.  
No arrepentimiento. No remordimientos.  
No segundas oportunidades. No excusas.  
No quejas.  
No ayuda. No favores.  
No anteojos. No tratamiento dental.  
No vacunas. No medicinas.  
No hospitales. No médicos.  
No discapacidad. No enfermedades sociales.  
No tuberculosis. No lepra.

No cometas. No canicas. No hay bandas de goma.  
No galletas. No paletas. No dulces.  
No juego. No juguetes.  
No canciones de cuna.  
No descanso. No vacaciones.  
No días festivos. No fines de semana.  
No partidos. No deportes.  
No quedarse hasta tarde.  
No hay periódicos.

No radio. No TV.  
No dibujo. No pintura.  
No mascotas. No fotos.  
No electricidad. No aceite de la lámpara.  
No relojes de pared ni de muñeca.

No esperanza. No vida.  
Un tercio de las personas no sobrevivieron.  
El Régimen terminó.

## Siddhartha y el Metal Púrpura

Todavía se escuchan los potentes parlantes de clubes y las hordas de jaraneros que raspan lo que queda de noche, cuando cientos de enormes campanas invaden el amanecer en Bangkok. Lejos de las espirituales y retiradas montañas, como supone el imaginario occidental, los miles de templos budistas se desparraman por todos lados como canchas de fútbol en Sudamérica, donde a las cinco de la mañana se inician las oraciones.

Pero no sólo de meditaciones en cautiverio vive el monje. Inmediatamente después, y cuando el sol recién pestañea, centenares de ellos salen a pedir comida por las calles a lo largo y ancho del lejano Oriente, en la ancestral procesión de las limosnas. Y la actividad social se mantiene durante todo el día, en las más variadas facetas.

En las afueras de Siem Reap, ciudad al noroeste de Camboya, la tormenta revela su proximidad con flashes y redoble de tambores sobre un pequeño poblado rural. Cuando ya caen las primeras gotas, los lugareños entregan herramientas y ayudan como pueden a cinco hombres de túnicas anaranjadas, que con brazos de hierro terminan a toda máquina un camino de piedras y cemento sobre la ladera del cerro.

Pero además de prestar un valioso servicio a la comunidad, los monjes desarrollan todo tipo de actividades cotidianas, siendo posible encontrarse con ellos en distintos lugares de la ciudad. La ausencia de una jerarquía vertical en el Budismo y su carácter descentralizado ha permitido una amplia flexibilidad de enfoques sobre los *Sutras* (discursos) que componen los textos sagrados de esta religión. Sin dios, sin dogma, sin guerra.

Es así como la vida monástica puede ser totalmente compatible con la compra de ingredientes para el almuerzo en un supermercado, o un paseo al centro comercial en busca de un teléfono móvil. Como el alegre monje en el Palacio Real de Camboya, que con un i-phone de última generación se empina para fotografiar los cuadros con imágenes de la visita del Dalai Lama.

En Saiyok, al norte de la capital tailandesa, los monjes del Wat Pha Luang Ta Bua, (más conocido como Templo de los Tigres) comparten a diario con visitantes y voluntarios que trabajan en la inmensa reserva animal. Entre bromas y juegos, a estos rapados hombres seguidores de Siddartha Gautama poco les importa la parca imagen ceremonial que espera ver el turista. Y con sus cuerpos cubiertos de tatuajes, comparten cigarros de hoja de plátano, ríen a carcajadas y acarician a sus tigres, mientras de fondo escuchan *High Way Star* de Deep Purple.



## **Si vas a San Francisco**

“Los argentinos son como los italianos y los chilenos como los ingleses, todos revueltos en envoltorio español”, reflexionó Michael con ese aire de gurú multicultural que el tiempo y la gente van nutriendo.

La palabra viaje da para mucho. Algunos viajan por un fin de semana, otros por quince días, meses, un año, y hasta se puede afirmar que alguien viajó por el día, sin miedo a exceder los alcances de la palabra. Pero existen personas que se calzan la mochila de interpretaciones que acarrea el término, para luego quitársela y transformar todo por completo. Aquellas personas son quienes inician un viaje, hasta que deciden no regresar más.

Cuando el inextinguible balón engendrado por Roberto Baggio se elevaba sobre la calva de Taffarel, Michael abandonaba su natal California para divisar Bangkok hacia el fondo del catalejo. No era su primera visita al corazón del sudeste asiático, pero sería la última.

La capital tailandesa corteja lo que se le cruce, aunque fue en Chiang Mai, algunas horas más al norte, donde el macizo americano dejó de viajar para protagonizar una familia y un restaurante de comida occidental. Con una vegetación excesiva, que lucha por distinguirse de la jungla natural que agobia a la ciudad, Michael decoró su local, mientras su esposa e hijos ayudaron atendiendo las mesas en idiomas indescifrables.

Lenta y nostálgicamente, los atardeceres sobre la costa de San Francisco comenzaron a recibirlo como un invitado, donde Michael tuvo siempre la decencia de llegar con flores.

## El Surco del Mae Nam Khong

En la ribera occidental de un río, alrededor de 30 personas protestan de pie sobre un terreno en altura. La mayoría son jóvenes, y con mochilas a cuestas se rehúsan a continuar su viaje. Otros, de presencia más pacifista se limitan a tomar asiento, pero todos miran hacia la misma dirección. Abajo, aún amarrado pero listo para zarpar se menea una fusiforme embarcación de unos 35 metros de largo por apenas 3 de ancho, más conocida como “slowboat”.

El montículo pertenece al pueblo tailandés de Chiang Kong, el paso fronterizo más común en el norte del país para cruzar a Huay Xai, el lado de Laos. Y el caudal que divide a ambos países no es ni más ni menos que el ancestral Mae Nam Khong, más conocido por la contracción tailandesa “Mekong”, que desde el Himalaya desciende para surcar Asia desde el sur de China hasta las costas vietnamitas, en el delta de Ho Chi Minh.

Junto al bote, la tripulación insiste a gritos en que los pasajeros apostados arriba se suban para comenzar el viaje, que durante dos días descenderá por el cauce del río para llegar a la ciudad de Luang Prabang, en Laos. Pero el motivo del alegato sobre tierra no es menor. La embarcación está acondicionada con toscos asientos de madera para unas sesenta personas; sin embargo, con la gente de pie y otros ya tendidos sobre el techo, el bote sobrepasa con holgura los cien a bordo.

Los tickets ya se encuentran pagados, y unos 20 minutos más tarde la queja da resultado. Un segundo *slowboat* es puesto a disposición, y entre festejos y risas los combativos pero ingenuos pasajeros bajan hasta el río para subirse y elegir sus asientos. En la mitad de lo que duró la protesta, el bote se vuelve a repletar, y zarpa con un rezongo que apenas se oye bajo el canto del capitán.

En un comienzo el paisaje es más bien desértico, y hacia ambos costados no se ve más que tierra arenosa interrumpida de vez en cuando por espigadas porciones de pasto. De civilización no existe esbozo alguno.

Pasan las primeras horas, y llegando al mediodía el volumen de los pasajeros comienza a descender indirecta pero proporcionalmente al endemoniado ascenso del calor. Los más de 40 grados se suman al dilatado vaivén de la nave para provocar un sutil y poderoso aletargamiento. Quienes tienen el privilegio de ir sentados emprenden la difícil tarea de dormir, mortificada con el grotesco ruido del motor instalado sobre la cubierta y el incesante ataque de mosquitos, que de a poco comienza a parecer una mala pesadilla de Rambo.

En medio del hacinamiento y la monotonía, un bote se aproxima perpendicularmente a toda velocidad. Tres hombres vistiendo cónicos sombreros *sakkat* reman enérgicamente. Vienen gritando y haciendo señas con los brazos, sin detenerse. No queriendo parecer asustados, los pasajeros comienzan a preguntar incoherencias que la tripulación contesta con silencio, en medio de agitadas maniobras. En ese instante, el bote más pequeño embiste uno de los costados y casi con el mismo impulso uno de los hombres se lanza al abordaje. El motor se detiene por completo. Los oídos zumban y nadie dice nada. El extraño mira con complicidad al capitán y asiente, mientras recibe una caja del exterior. Solemnemente se quita el sombrero y comienza a vender galletas.

El nombre “bote lento” no es antojadizo. Por contraste, todo el mundo sabe que existe el “*fast boat*”, que por no mucho más dinero realiza el trayecto en una fracción del tiempo. En un comienzo, la idea de recorrer con calma las mansas aguas del mítico río puede parecer incluso paradisíaca. Pero transcurridas las primeras 5 horas, las constantes paradas para recibir vendedores de pulseras exasperan a cualquiera. Por supuesto, que alguno de ellos se suba ofreciendo agua o cerveza fría es mucho pedir.

Comienza a atardecer, y la ribera del Mekong pareciera reverdecer para la exhibición de sus animales. Libres y en decenas de grupos, llegan a la orilla para beber los

búfalos de agua (sí, tal como la logia de los picapiedras), recostándose a la sombra con sus abultadas jorobas, como un grupo de enormes jubilados que no tienen prisa alguna.

De pie sobre los techos de otros alargados botes, los pescadores agitan sus redes a contraluz, en un brillante estallido de gotas que se repite una y otra vez. Carpas siamesas y pangas son algunas de las presas más comunes, en un cosmos fluvial de mil 200 especies. Pero sin duda la mayor celebridad es el Pez Gato del Mekong, que de bigote a cola alcanza los surreales tres metros de largo, repartidos en 300 kilos de pura carne y monstruosidad. De acuerdo a la mitología japonesa, un gigante de esta raza que habitaba en lo profundo del océano era el responsable de terremotos y tsunamis, cada vez que con su aleta golpeaba el lecho marino. Sin duda, el cartel de “no zambullirse en ningún momento al río” tampoco resulta antojadizo.

Casi al anochecer, el *slowboat* arrastra su vientre sobre la arena de Pak Beng, bien cerca del medio de la nada. El pueblo existe gracias a la pesca y agricultura de supervivencia, pero fundamentalmente vive de la masa de viajeros que cada día descende de manera necesaria y obligatoria. En lo alto de las colinas contrastan con los últimos rayos de sol las cabañas de bambú, como la alternativa más económica. Sin opción intermedia, bordeando el río se amontonan algunos hoteles que engatusan con sus letreros de aire acondicionado. Pero poco saben los recién llegados que en Laos existe un racionamiento energético, que a las 11 de la noche hace desaparecer la electricidad por completo. A partir de ese momento, el más miserable ventilador es tan útil como una frazada de lana.

De madera, vegetales o concreto, todas las habitaciones exudan a sus ocupantes a las 6 de la mañana, sin importar el material o arquitectura. Después de una noche con la sinfónica local de insectos y lagartos, todo el mundo intenta abastecerse mejor que la jornada anterior para embarcarse nuevamente. Unos optan por atiborrar sus mochilas con galletas oreos (prácticamente la única marca), y otros se entregan a la contundencia de los caldos locales, donde trozos de pollo, pescado y cerdo chapotean entre varios tipos de fideos. Sin importar el desayuno, algunos aprovechan el

estratégico punto del mapa para equiparse con algo de opio y marihuana, homenajeando a la histórica ruta.

De ahí en más, el viaje continuará con chocante similitud al del día anterior: las mismas nueve horas serán asfixiadas con el abrazo de los mismos 40 grados, al estridente compás del mismo motor, que sólo se detendrá para recibir a nuevos comerciantes con la misma mercancía. El destino final será la hermosa ciudad de Luang Prabang, con sus cascadas, parques, mercados y la armoniosa colisión cultural asiático-francesa. Pero el *slowboat* nunca tiene prisa, como tampoco la tendrá el majestuoso Mekong, torrente medular del Sudeste Asiático.

